

## Sinaloa fotografiada: la imagen regional de la Revolución

Daniel Escorza Rodríguez\*

María Perea Romo, *Cultura visual y fotografía durante la Revolución en Sinaloa. Imágenes y significados de la guerra y la sociedad, 1911-1914*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Universidad Autónoma de Sinaloa, 2019, 312 pp.

**E**l imaginario visual de la Revolución Mexicana es tan vasto y monumental que ningún otro episodio de la historia de nuestro país ha suscitado tanto interés en el análisis de la fotografía. Durante la efeméride del centenario de la Revolución Mexicana hace ya más de una década —en el año 2010— se reveló una serie de fuentes, archivos visuales, fototecas y,

general, documentos gráficos que enriquecieron el quehacer de la historia con fotografías, y de la historia a partir de las fotografías. Los ensayos de Miguel Ángel Berumen, Rebeca Monroy, Alberto del Castillo, Laura González Flores, Marion Gautreau y José Antonio Rodríguez; las interpretaciones de John Mraz, Ariel Arnal, Claudia Canales, Andrea Noble, así como los estudios bio-fotográficos de Samuel Villela, Alfonso Morales, Laura Castañeda García, Nidia Balcázar, Rosa Casanova e Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba, entre muchos otros, han contribuido a un conocimiento relativo a la producción de imágenes y a los fotógrafos que retrataron el proceso revolucionario; pero sobre todo, han coadyuvado a reconocer el significado que tuvieron las imágenes en un contexto social y cultural durante las primeras décadas del siglo XX.

Si bien conocemos el proceso global de lo que se ha denominado Revolución Mexicana, el investigador John Mraz también se ha referido a la ingente y necesaria tarea de escudriñar y posicionar el devenir de los procesos regionales o locales. Para ello, por fortuna ya existen estudios serios, por ejemplo, acerca de las colecciones fotográficas alejadas de la metrópoli o aquellas que no tienen tanta prensa, como la de los Hermanos Cachú (que da cuenta de imágenes de Michoacán y de una buena parte del centro de México), o la de Sara Castrejón, quien realizó su labor en el estado de Guerrero. En esta ocasión, el libro de la historiadora Diana María Perea Romo nos acerca a las imágenes de la Revolución en el norte de la república, específicamente en el estado de Sinaloa.

Las instantáneas que desde el centro conocíamos de la Revolu-

\* Fototeca Nacional, INAH.

ción en aquel estado norteño se reducían a estereotipos visuales, como las fotografías donde aparece el joven militar Rafael Buena, el célebre “Granito de Oro”; o aquella estampa del coronel Ramón F. Iturbe acompañado de cuatro soldaderas armadas, o si acaso, alguna efigie del corpulento revolucionario Juan M. Banderas. Con esta obra, la doctora Perea Romo nos entrega una investigación de largo aliento que es como una ventana que se abre para asomarnos a los entresijos de una historia local, con impacto y puentes a la historia nacional. El volumen es producto de la investigación que llevó a cabo en el Posgrado en Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, y nos introduce a la cultura visual sinaloense entre los años 1911 y 1914 con escenas de la vida cotidiana, de la guerra, de las fuerzas revolucionarias y de la experiencia visual que vivió la sociedad en este lapso. Si bien el libro tiene el sello del año 2019, por efectos de la pandemia apareció ya para su circulación en los primeros días del no menos aciago 2021, por lo cual hay que congratularse por esta edición en papel.

La autora de esta investigación ya había elaborado su tesis de maestría en la Universidad de Sinaloa con el tema “la rebelión zapatista” en aquel estado norteño, y desde entonces incursionó con éxito en el análisis de la fotografía y en el discurso visual sobre los zapatistas en la prensa de Sinaloa, por lo cual en este libro continúa con las pesquisas sobre dicho tema. El volumen es una coedición de las universidades Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Autónoma

de Sinaloa, un binomio afortunado, que incluye poco más de cien imágenes entre fotografías de estudio, imágenes en las calles, hojas de publicaciones periódicas, tarjetas postales y registros testimoniales que en su conjunto sostienen el discurso histórico.

Desde el punto de vista formal, la autora construye —desde la perspectiva de lo regional— un discurso narrativo donde privilegia el origen y el contexto de la imagen sobre los embates del lugar común y de los estereotipos visuales sedimentados durante décadas en la academia. En seis capítulos despliega un panorama de la fotografía en el estado de Sinaloa —más bien, concentrándose en Mazatlán y en Culiacán— entre los años 1911 y 1914, que son los años de la revolución maderista y los inicios del constitucionalismo.

El andamiaje y estructura teórica de este libro tienen la impronta de la historia cultural y de la representación de lo visual, siguiendo a autores como Roger Chartier, Peter Burke, John Mraz, Nicholas Mirzoeff, y Susan Sontag, entre otros. Tal y como lo ha reconocido la autora, esta obra se enfoca en el estudio de la cultura visual con los ejes de la historia cultural en una región como Sinaloa. Por su condición de puerto y ciudad cosmopolita, Mazatlán iba a la cabeza en cuanto a novedades tecnológicas; su contacto con la costa atlántica de Estados Unidos, vía marítima, permitía el paso de novedades, aparatos fotográficos, publicaciones. Por su parte, Culiacán, capital del estado, y de mayor población que Mazatlán, no contaba con tantos fotógrafos, pero fue

un lugar estratégico por su condición política.

Para cumplir con su propósito, la doctora Perea Romo realizó, en primer término, una pesquisa acuciosa sobre la historiografía de la imagen, es decir, de quienes han trabajado con las fotografías de la Revolución y va de lo general a lo particular, hasta desembocar en la región de Sinaloa. Su vasta investigación incluye los antecedentes del estudio de la imagen en México; de este modo, la autora revisa e incorpora los planteamientos de los primeros trabajos de Eugenia Meyer y Claudia Canales, hasta llegar a los más recientes de Ariel Arnal, John Mraz y Miguel Ángel Berumen.

Como un ejercicio de análisis comparativo, Perea Romo pone de relieve la fotografía local de Sinaloa, equiparándola con los trabajos similares de Romualdo García en Guanajuato y de Sara Castrejón en el estado de Guerrero. Uno de los aciertos de esta publicación es hacer visibles a fotógrafos locales, de los cuales muchos de nosotros sólo habíamos visto sus firmas o simplemente los nombres, entre ellos: Guillermo L. Zuber, Luis Rea, Alejandro Zazueta, Alberto W. Lohn, Mauricio Yáñez y Guillén, quienes además de trabajar la fotografía desde antes de la Revolución, realizaron también registros en esta etapa. Muchos estudiosos de la fotografía habíamos visto tarjetas postales con los sellos y firmas mencionadas, pero no conocíamos los orígenes y el trabajo elaborado e insertado en la cultura sinaloense.

Un acierto más del libro es la serie de precisiones que con rigor

académico la autora asienta en imágenes de antaño documentadas con inexactitudes y yerros. Estas fotografías devinieron en lugares comunes con erratas en fechas, autorías y contextos que desde el centro les habían conferido. Al respecto, la foto de la portada es rotunda: la imagen de Herculano de la Rocha y su hija Clara, en pose para el fotógrafo Mauricio Yáñez, firmada en Culiacán, Sinaloa. La sonrisa apenas esbozada de Clara contrasta con el fusil en su mano izquierda, el revólver en el cinto y el sable en la otra mano. A su lado, don Herculano, con los brazos en jarras, muestra aplomo y seguridad ante la cámara. Sin duda esta imagen ya se ha convertido en un icono. En publicaciones como la *Historia gráfica de la Revolución Mexicana* de Gustavo Casasola (t. I, p. 262), esta imagen se identifica como Herculano de la Rodia [sic] y Clara Rodia de Peña. Se ha anotado así el apellido “Rodia”, porque Gustavo Casasola o alguno de sus hermanos o hermanas así lo consignó en el negativo (véase imagen núm. inv. 186519 de la Colección Casasola en la Mediateca del INAH). La errata en la identificación del apellido ha pasado a distintas publicaciones recientes. La imagen utilizada como portada de este libro circuló en una conocida publicación de la Ciudad de México, *La Actualidad*, en su edición del 29 de junio de 1911.

Llamo la atención a este detalle aparentemente banal sólo para comprobar que las atribuciones de fecha, nombres y autoría de las imágenes en las investigaciones sobre fotografía, es una labor per-

sistente en la que continuamente se tienen que re-escribir, corregir y deshacer entuertos. Siempre habrá algo que enmendar y perfeccionar. Un caso similar es la imagen de la soldadera Valentina Ramírez, quien inspiró el afamado corrido revolucionario. Es una imagen icónica de la participación de las mujeres en la Revolución, antaño atribuida a la lente de Casasola, incluso editada o recortada, pero que la investigación de Perea Romo comprueba que es de la autoría de Mauricio Yáñez.

Pero más allá de la construcción de esta historia con imágenes y del dato menudo, me interesa señalar sólo dos ideas o aportes que, me parece, contribuyen al debate de lo que se ha denominado foto-historia regional. Por un lado, la diversificación de fuentes y, por otro lado, la relevancia de los estudios regionales.

Las colecciones fotográficas son fundamentales para construir esta historia, y el investigador Miguel Ángel Berumen nos mostró hace ya algunos años la riqueza de fuentes visuales en repositorios de ciudades y universidades norteamericanas. Por otra parte, las colecciones fotográficas resguardadas por particulares son también muy importantes. En el caso de la presente obra, merece especial atención la referencia a la colección particular de un personaje señero de la cultura sinaloense: Miguel Tamayo Espinosa de los Monteros, quien generosamente permitió a la autora la consulta de centenares de fotografías de su colección particular. En el mismo tenor se mencionan las colecciones

de la familia Buenrostro; de Luis F. Molina, resguardada en el Archivo Municipal de Sinaloa; o de William F. Manger, así como algunas que se encuentran en universidades norteamericanas. Lo anterior abre perspectivas a la consulta y, en su caso, a la circulación y divulgación de colecciones fotográficas fuera de los repositorios institucionales.

Respecto de la importancia de los estudios regionales, las imágenes de la Revolución en Sinaloa son parte de lo que la doctora Perea Romo llama “el archivo visual de la Revolución mexicana”, es decir —siguiendo la argumentación de la autora—, este conjunto de imágenes constituye: “un ecosistema visual que trasciende las fronteras nacionales y en este caso temporales” (p. 251). Los procesos nacionales se complementan con toda la alusión a lo local, a lo nimio, a las referencias a la vida cotidiana en Sinaloa, con las fotografías y el álbum de la familia Molina de la Vega y de la familia Espinosa de los Monteros Praslow.

El libro *Cultura visual y fotografía durante la Revolución en Sinaloa* se suma a la utilización de registros fotográficos como fuente para la historia y a la construcción de estas interpretaciones desde lo regional, desde lo local que pasa por el tamiz del contexto cultural y social. En este entorno, la labor de los fotógrafos fue un factor significativo para el florecimiento de la cultura visual, que incluye la creación, la representación y el consumo visual de los pobladores de aquella región.